

tor empezó con una impecable soleá. Sin embargo, no hay ninguna ruptura tajante. Simplemente Sanlúcar necesita ligar la guitarra a su personalidad contemporánea, la de quien tiene que expresar algo más que una herencia.

Y aquí ya la cuestión, que afecta no sólo al "flamenco", sino a todo el "arte popular" más o menos sacralizado por la burguesía, incluida buena parte de la que se proclama progresista. ¿Cómo no lamentar que ciertas manifestaciones del pasado, ajustadas a antiguas formas de vida popular y de extraordinaria belleza, no se conserven? Pero, ¿quién debería conservarlas y cómo podría hacerse con autenticidad? ¿Aceptaría, acaso, ese amante de lo "puro" vivir y expresarse como lo hizo su tatarabuelo?

Y aun si el embalsamador es de ideas declaradamente reaccionarias, el pronunciamiento "purista" tiene su coherencia. Pero, en el otro caso, no. Porque la creación artística —que no debe equipararse al loable deseo de "conservar", sabiendo exactamente a qué tiempo pertenecen, todas las manifestaciones artísticas del pasado— es inseparable del contenido vivencial del grupo que la produce. Y hoy el pueblo andaluz vive de otro modo y está sometido a otras influencias, siendo cada día más quienes, como Manolo Sanlúcar, se atreven a buscar otro crédito que el de sus abuelos. Es decir, a expresarse a sí mismos —aceptando la parte viva de la herencia—, a proponer una obra que responda a las nuevas relaciones de los suyos



Manolo Sanlúcar.

con la sociedad, a arriesgarse a manejar claves recién conquistadas, a equivocarse si es necesario, pero a dar fe, en fin, de que esas "clases populares" con las que tanta falsa progresía se llena la boca quieren, en el arte y en todo, abandonar la pasividad que les ha sido asignada. Aun a riesgo, claro, de que los sabios arqueólogos los acusen de inauténticos. ■ JOSE MONLEON.

COMIX

El "comix pasota y subterráneo"

La librería Antonio Machado ha acogido en su galería de arte una muestra de los autores más representativos del "comix pasota y subterráneo" que se hace actualmente en Madrid: éstos son Morera el Hortelano, Santana, Ceesepe, Pejo, Montxo y Agus. Esta exposición, por el momento la definitiva, tuvo su prólogo en otra celebrada anteriormente en el "Cinestudio Griffith", al mismo tiempo que el "Festival Pop" (como rezaba en la propaganda), que consistía en la proyección de una serie de películas sobre actuaciones de conjuntos de "rock"; esta primera muestra resultó excesivamente pobre de medios y tuvo un resultado muy mediocre, pero sirvió como experiencia preliminar para plantearse la exposición de la Antonio Machado.

Se tiende a clasificar y encasillar todo aquello que sucede, con el fin de poderlo manejar más fácilmente; de tal tendencia, casi connatural con el pensamiento humano, ha surgido aquello que llamamos "cultura", y que no es más que un intento de dominar y canalizar la potencia inventiva. Contra ella han surgido multitud de movimientos —que, por lo demás, han acabado siendo asimilados por la cultura oficial—, desde el dadaísmo, que buscaba en la incoherencia formal precisamente un antídoto contra la museización, hasta esa vaga y multiforme fusión de diversas

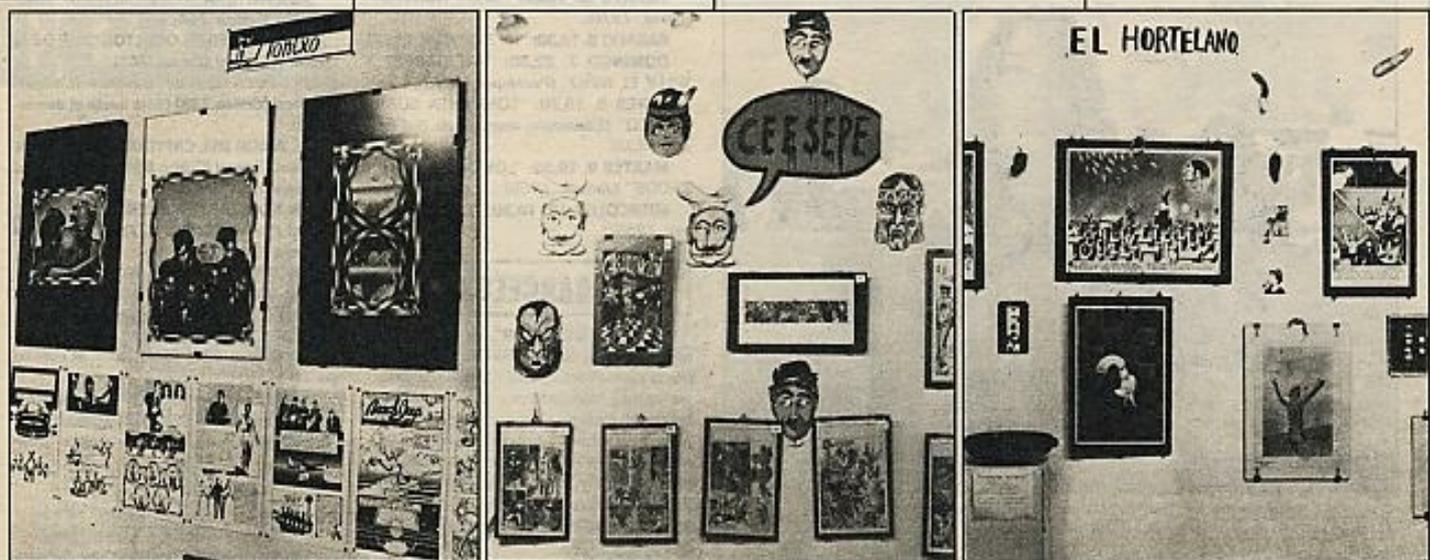
tendencias y medios de expresión que aquí conocemos —gracias a la colonización cultural y lingüística norteamericana— bajo el nombre de "underground". Tal movimiento, o suma de movimientos, que no tenían en común más que el rechazo a las formas de realización, distribución y consumo culturales vigentes, ha sido ya asimilado por completo por la cultura oficial de sus países de origen, Estados Unidos e Inglaterra. En España, el "underground" —que llegó con varios años de retraso, como es ya habitual con cualquier fenómeno o acontecimiento— sirvió, desde un principio, como etiqueta o marchamo comercial que aseguraba una venta elevada de los productos que bajo ella se protegían, por otra parte completamente industrializados: las revistas barcelonesas de "comix" o de SF pueden servir como ejemplo de esto. En Madrid, si ha existido —y, de hecho, existe— un movimiento subterráneo, clandestino casi, de estética variada y multiforme, que agrupa una serie de publicaciones marginales que van desde el simple "fanzine" a los tebeos piratas: estos últimos suelen ser recopilaciones de historietas creadas años atrás por dibujantes "under" americanos, que por razones casi siempre de censura no pudieron ser publicadas de una manera normal en su momento. Los propios dibujantes madrileños se ven forzados a menudo a editar sus propios trabajos, ya sea por el rechazo que éstos sufren en las editoriales consagradas, por dificultades con la censura, o simplemente porque consideran que la edición y difusión paralelas están más de acuerdo con sus posturas vitales y estéticas.

No existe, sin embargo, una postura coherente y conjunta entre los dibujantes del "under" madrileño representados en esta exposición; sólo les une la amistad personal, el rechazo de todo encasillamiento cultural y el deseo —bastante lícito— de formar una especie de "frente común" para apoyarse mutuamente en el difícil trabajo de difundir y vender sus obras. Tal falta de unidad es lo que más resalta en esta exposición, donde lo único que une a estos dibujantes es el espacio en que sus trabajos se hallan agrupa-

dos: cada uno de ellos tiene su propia pared dentro de la sala, y colocan en sus terrenos propios distintas "marcas de fábrica" para distinguirse: El Hortelano coloca pimientos, pepinos y otras hortalizas; tuercas, cerrojos y otros artilugios insertables, El Pejo... Ceesepe, que deseaba exponer también un maniquí decorado según su gusto personal, vio frustrado su deseo por falta de posibilidades económicas, y ha tenido que conformarse con colocar entre sus dibujos caretas de cartón de las de carnaval.

Morera el Hortelano se caracteriza por un dibujo esquemático y de buena factura, y sus "comix" tienen una temática por completo alejada de la realidad; salvo en sus muy últimas producciones, no suele plantearse posturas críticas o agresivas; en exceso angustiado por el mundo circundante como para plantarle cara o denunciarlo, se refugia en un universo donde la imaginación sirve de sustitutivo a lo insoportable. El Pejo entra por completo en el mundo del "rollo" madrileño, donde se pueden incluir también a los cantantes de "rock" duro de barriada: sus textos están redactados en un semiargot coloquial, y sus historietas son muestra de la dureza de quien vive en un mundo difícil. Santana —por otra parte, excelente músico de "jazz"— es una personalidad ya madura, que participa en este pequeño movimiento "underground" más por simpatía hacia sus otros miembros que por necesidades de expresión personal; su dibujo es firme, y sus historietas tienen una temática bastante inspirada en la ciencia-ficción. Agus, más pintor que dibujante de "comix", no tiene una temática ni un universo particular, aunque tiende hacia la representación de horrores cotidianos, llegando a través de ellos a una amarga visión de la vida diaria. El Montxo crea una mitología propia, basada en el "revival" del "rock", que es también una crítica suavemente irónica de las posturas y actitudes de los jóvenes madrileños miméticos de los "rockeros" americanos de los años cincuenta; un dibujo esquemático y una agudeza inteligente en el tratamiento de sus mitos da bastante calidad a su trabajo.

Párrafo aparte merece Ceese-



Tres estilos diferentes dentro de un común rechazo de cualquier encasillamiento cultural.

pe, el dibujante más original de todo este grupo. De una manera completamente intuitiva, no intelectualizada en absoluto, consigue plasmar en sus historietas —a menudo incoherentes, a veces sádicas, pero nunca más que el mundo en que vivimos— la confusa crueldad de la realidad madrileña. Caótico,

desmadrado, desordenado en la concepción misma de sus trabajos, ha plasmado a un personaje contradictorio y extraño, "Slober", que es trasunto y retrato de sí mismo; un personaje a la vez tierno y sádico, moviéndose en un universo de frustraciones, desengaños y fracasos continuos. Ceesepe es un dibu-

jante realista, es un retratista.

La exposición se pensó en principio para mayo, pero por distintas causas se ha pospuesto hasta ahora. Tiene un cierto éxito en cuanto a promoción y reconocimiento oficial de unos dibujantes que, por su calidad y, sobre todo, por su espíritu innovador, eran acreedores de él: se han

llegado incluso a hacer intentos de entrevistarlos por Televisión y por radio; y digo intentos, porque el espíritu de dispersión de estos jóvenes artistas ha hecho siempre prácticamente imposible el desarrollo normal de una entrevista, que la mayor parte de las veces acabó convirtiéndose en un puro acto dafista. Por otra parte, la exposición está siendo un fracaso económico: por un lado, el verano es mala época para vender nada, y además, la burguesía madrileña que tiene los medios suficientes para comprar pintura se caracteriza por su actitud negativa y desconfiada hacia los movimientos más innovadores, y no ha sabido entender —al contrario de la burguesía catalana, patrocinadora de todos los movimientos más o menos subterráneos tanto en música como en dibujo que se producen en el país— las posibilidades negociables que poseen. Tal vez, de algún modo, sea mejor así; tal vez esto permita a los dibujantes del "comix pasota y subterráneo" madrileño seguir conservando la frescura y espontaneidad que les caracteriza. Con todo, resulta indignante ver cómo artistas de indudable calidad, y que han sido reconocidos como tales fuera de aquí —El Hortelano, por ejemplo, ha colocado dibujos en "Métal Hurlant", revista francesa y la más importante difusora del nuevo "comix" en Europa—, se vean aquí explotados por empresas editoriales comercializadoras del "underground" y obligados a llevar una vida de auténticos subproletarios del arte. ■ MIGUEL ANGEL ARENAS. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

"Rock" madrileño

Banana y el rayo verde

Morata de Tajuña es un pueblo situado a unos treinta kilómetros de Madrid y a unos diez de Chinchón. Como tantos otros de la provincia madrileña, Morata ha ido perdiendo su identidad como población rural, sin integrarse tampoco del todo en la cultura urbana, de la que ha adquirido solamente tintes superficiales; uno de ellos es la discoteca New Center, donde los sábados por la tarde y por la noche dan conciertos los conjuntos de "rock" madrileños. Este es el lugar que escogió el conjunto Banana para presentarse en la provincia de Madrid, tras su intervención en el Festival de Rock de Benidorm, en el que actuaron junto a otros muchos conjuntos del llamado "rock" madrileño.

El "rock" madrileño es algo difícil de definir, quizá por su propia inconsistencia como ente: los muchos grupos que se integran bajo esta definición tienen poco que ver entre sí a nivel musical, y sólo les une una cierta dureza expresiva y un deseo más o menos auténtico —depende, claro, de los conjuntos de que hablamos— de hacer retornar el "rock" a sus fuentes, que son las de toda cultura popular: esto es, el pueblo. Suelen tener poca calidad instrumental y poca imaginación creativa, aunque sustituyan estas faltas con la elaboración de una imagen coherente y claramente definida; en Madrid, el "rock" suele ser lenguaje antes que música, imagen antes que sonido.

Banana se separa de este grupo, e incluso podría decirse que le lleva bastante ventaja: en primer lugar, hacen una música cuidada, de mucha mayor calidad sonora que lo que es habitual: hay que destacar, sobre todo, el trabajo de la guitarra, que consigue algunos efectos realmente emocionantes. El cantante, evitando todo tipo de desmadre interpretativo, consigue interpretar con bastante fuerza temas de "rhythm and

blues", y el bajo y el batería son correctos. Todo ello puesto al servicio de unas ideas musicales que quizá en otros países donde el "rock" tiene más tradición pecasen de poco originales y de comerciales, pero que aquí resultan incluso renovadoras y, desde luego, refrescantes. Han sabido asimilar la influencia de, por ejemplo, Led Zeppelin y de otros conjuntos comerciales y fuertes anglosajones, sin desmerecer para nada de los originales. Los componentes de Banana —y en especial Salvador, el guitarrista, que es un completo profesional de la música— saben muy bien por dónde van y lo que pretenden; no tocan "de oídas", sino con un sentido claramente profesional de la música.

Por otra parte, le falta al conjunto precisamente lo que es más importante del "rock" madrileño: una imagen. No adoptan la máscara de la dureza y de la violencia, lo que me parece muy bien; pero tampoco han sabido sustituir esto, que en ellos sería un disfraz, por otro tipo de imagen reconocible; tal vez es que tampoco hayan encontrado un tipo de público con el que tengan, de algún modo, necesidad de sentirse identificados.

Su situación en la New Center estuvo bien, aunque sufrieron todo tipo de dificultades técnicas. El público era un poco bronquista, pero sin pasarse, y los músicos pudieron ejecutar dignamente su trabajo. Lo que resultaba demencial era la iluminación de la sala: el sistema de luces de colores parecía diseñado y manejado por un niño que quisiera jugar al piloto espacial; además, las lucecitas de colores enfocaban no a los músicos, sino al público; recuerdo, sobre todo, un rayo verde que recorría la sala sin cesar como si de un "rayo de la muerte" se tratase, buscando su víctima entre los asistentes a este primer concierto de Banana.

■ E. H. I.